

1

Esa noche, cuando por fin los dejaron solos, Derran entró en sus habitaciones y se acercó al lecho. Allí se encontraba Kirstiane, inmóvil, tendida boca abajo y tapada a medias con el fino cubrecama de verano. La estancia estaba en penumbra, apenas iluminada por dos velas de llama temblorosa. Derran contempló a la joven unos momentos y pensó en un animal aterrorizado que espera el golpe de gracia de manos de su verdugo. Se sentó al otro lado de la cama y se inclinó sobre ella. Acarició su cabello con ternura contenida y lo apartó a un lado. Sus dedos recorrieron delicadamente la piel de la espalda que había quedado al descubierto y Kirstiane se estremeció. Su cuerpo no podía estar más tenso. El príncipe suspiró.

-¿Estáis cansada? –preguntó en un susurro.

La muchacha movió apenas la cabeza en un gesto afirmativo.

-¿Os parece entonces que dejemos la noche de bodas para otro momento? –propuso con amabilidad. De algún modo, parecía haber previsto este desenlace.

-Sí, gracias –respondió Kirstiane, inmensamente aliviada-. Buenas noches, Derran.

El joven no pudo resistir la tentación y se inclinó una vez más para rozar con sus labios la suave y pálida piel que sus dedos acababan de abandonar. Después se levantó, se desvistió con prontitud y se deslizó entre las sábanas procurando no tocarla. Se sentía extrañamente turbado en su presencia, un sentimiento que le resultaba tan nuevo como incómodo. Se habían conocido dos semanas antes, apenas habían tenido ocasión de intercambiar más frases que las protocolarias y, aunque ella era más joven que él, había en sus ojos una expresión arcana y vetusta que no sabía interpretar y que lo intrigaba y confundía al mismo tiempo. La había observado saludando a los altos dignatarios y desenvolviéndose entre ellos, si bien con cierta timidez, tal y como se esperaba de una futura reina, inclinarse cuando era apropiado, sonreír cuando debía hacerlo, permanecer en silencio en los momentos oportunos. Era indudable que conocía sus deberes a la perfección y su sencillo encanto los había conquistado a todos. Sin embargo, en algunos momentos, sobre todo cuando las veladas tocaban a su fin y el cansancio hacía mella, le había parecido más joven de lo que en realidad era y, al mismo tiempo, extrañamente más vieja. Pero habían sido diez días de festejos ininterrumpidos y también él se encontraba exhausto. El sueño llegó apenas unos segundos después de cerrar los ojos.

Kirstiane escuchó cómo la respiración de Derran se hacía más profunda y poco a poco se permitió respirar ella misma. Sus músculos se fueron relajando dolorosamente y sus ojos se llenaron de lágrimas. Había sido ella la que había insistido en contraer matrimonio y en ese momento le había parecido la mejor solución. Ahora ya no estaba tan segura.

No he vuelto a pensar en estas dos hojas amarillentas en todas las vacaciones, inmersa como estaba en la vorágine navideña, pero al regresar a Londres las encuentro, con su elegante caligrafía en tinta púrpura, justo donde las deposité hace algo más de dos semanas, y todo reaparece en mi mente como un destello.

Dejo la maleta en el suelo, arrojé el bolso y los guantes sobre la cama y, todavía con el abrigo puesto y la bufanda alrededor del cuello, me acerco al escritorio y releo aquellas dos páginas. Es tarde y estoy cansada, pero mientras empiezo a deshacer la maleta no dejo de pensar en esas intrigantes hojas y en lo que hay escrito en ellas.

Oigo a Gillian y Mark regresar a casa. No tardan en subir a darme la bienvenida. Vuelven de una fiesta con ojos chispeantes y risitas propias de adolescentes. Está claro que lo han pasado muy bien. Gillian está resplandeciente, con un traje de fiesta negro y los hermosos cabellos rubio ceniza recogidos en lo alto de la cabeza. Mark luce, como siempre, un aspecto elegante y respetable con su esmoquin, pero observo divertida que hasta él se ha aflojado la pajarita. Me toma por sorpresa lo mucho que me alegra volver a verlos.

Me dan las gracias por las botellas de vino por cuya integridad física he estado sufriendo todo el camino y les cuento a grandes rasgos lo que he hecho durante las vacaciones y lo accidentado del viaje de regreso. Notándome somnolienta, Gillian me da un beso de buenas noches y se despiden.

Antes de meterme en la cama vuelvo a revisar cuidadosamente *La abadía de Northanger*, aunque sé con seguridad que no encontraré ninguna otra página manuscrita. En el reverso de la cubierta hay un sello con un querubín regordete y sonriente sujetando un libro abierto. En la página izquierda, en estilizada caligrafía gótica, dice “Ex Libris”, en la derecha, “Claire Gordon”, quien debió ser la poseedora original del libro. Se trata de un ejemplar de la primera edición, publicado en 1818 tras la muerte de Jane Austen y, además de ser muy valioso, lo he tomado prestado sin permiso. Los escrúpulos me asaltan de repente. ¿Habrán notado su ausencia los Ward? Debo regresar a Ealing cuanto antes y devolverlo. También me anima la posibilidad de encontrar algo más en su inmensa biblioteca. Quizás la autora de esas líneas y la dueña del libro sean la misma persona, pienso mientras apago la luz.

Por la mañana retomo la vieja rutina. Salgo de casa bien pertrechada de guantes y bufanda. El cielo está prácticamente despejado y brilla un sol desvaído que no llega a calentar. Los jardines relucen cubiertos de escarcha. Central Line en Holland Park, trasbordo en Tottenham Court Road. Deprisa,

deprisa. Cientos de personas recorriendo los atestados pasadizos del metro, con la mirada al frente y expresiones preocupadas. El vagón de la Northern Line está tan lleno que apenas consigo respirar aplastada entre cuerpos anónimos.

Al salir de las cálidas entrañas del mundo subterráneo, el aire helado me corta la respiración. Contemplo un segundo el denso vaho que escapa de mi boca antes de continuar mi camino, presa una vez más del veloz ritmo que imprime la ciudad. Dejando atrás Charing Cross, a Nelson y a los leones de Trafalgar Square, sorteando las masas de transeúntes, llego unos quince minutos más tarde a mis clases en King's College, una decepcionante fachada de cemento entre bellezas arquitectónicas. A un lado, los teatros del West End; más allá, Leicester Square y Covent Garden. Somerset House a la izquierda, las Reales Cortes de Justicia, uno de los ejemplos más espléndidos del renacimiento gótico, a la derecha.

Soy la primera en llegar al aula, cosa rara en mí, que casi siempre me las arreglo para ir con el tiempo justo. Me siento en mi lugar habitual y comienzo a releer uno de los textos críticos que se supone debemos discutir hoy. Apoyo la cabeza en la mano y jugueteo distraídamente con el pendiente hasta que la rosca se desliza entre mis dedos y cae al suelo sin hacer ruido. Siempre me pasa lo mismo y no escarmiento. Estos pendientes han sido el regalo de Navidad de mi abuela y no quiero perderlos.

De rodillas, con la cara pegada al suelo tratando de encontrar la rosca, que se ha vuelto invisible, de repente veo aparecer a mi lado unos zapatos. Al levantar la cabeza compruebo que pertenecen a Kyle Harper.

-¿Qué haces, Andrea? -pregunta con su suave acento escocés y una sonrisa irónica bailando en sus pálidos ojos grises-. ¿Es un extraño rito religioso para celebrar el año nuevo? No sabía que los católicos españoles hicierais cosas así.

-Y no las hacemos -respondo intentando ocultar mi bochorno-. Solo estoy buscando una parte de mi pendiente.

Entonces se ofrece a ayudarme y durante unos momentos inspeccionamos el suelo en silencio, hasta que me tiende un pequeño objeto brillante.

-¿Es esto? -pregunta en castellano.

Poco antes de las vacaciones me enteré de que lo habla con fluidez, cuando Ryan lo comentó de pasada. Al parecer, además de haberlo

estudiado en el colegio y haber estado varias veces en España, Kyle también vivió en Sudamérica durante algún tiempo. Suele eludir las preguntas directas, de modo que desconozco los detalles. Hace más de tres meses que nos conocemos y todavía me sorprende lo reservado que es.

Le doy efusivamente las gracias por haber rescatado la rosca, que ya daba por perdida. La ruidosa llegada de varios compañeros interrumpe una conversación que no ha llegado a nacer.

Por la tarde le relato a Rosa las peripecias del día anterior, cuando me encontré con que mi avión había salido con antelación, la espera de cinco horas para volar, con escala en otro aeropuerto, y el caos en Heathrow, donde tardaron más de una hora en entregarnos el equipaje.

Rosa lleva seis años viviendo en Londres, donde combina trabajo y estudios, y no viaja demasiado a menudo a España. Lo ha pasado muy bien estos días en Ámsterdam, dice radiante pero sin dar más detalles, aunque llovió casi todos los días.

No tengo más remedio que esperar al miércoles por la tarde, cuando no tengo clase, para volver a casa de los Ward. Una punzada en el estómago me recuerda que hace rato que ha pasado la hora del almuerzo. Compró un sándwich que sabe a plástico y agua mineral con aroma a melocotón en una pequeña tienda de la estación. Es absurdo lo difícil que llega a resultar encontrar una botella de agua simple y pura: insípida, inodora e incolora.

Trato de leer, pero no logro concentrarme. Espero con impaciencia la llegada del metro que habitualmente me deja en Holland Park, pero que hoy me llevará a la última parada. Recorro el andén, examino los carteles publicitarios que nos envuelven con sus mensajes más o menos agresivos, siempre atrayentes. Ah, ahí está el tren. A esta hora no viaja demasiada gente y logro encontrar un asiento libre. Delante de mí, una chica con una pequeña bolsa de cosméticos y un espejo se retoca las cejas con unas pinzas. Observo con admiración su falta de empacho, por no mencionar su sentido del equilibrio, al cubrirse tranquilamente el rostro con polvos, aplicarse colorete y maquillarse los ojos y los labios con mano experta. Viajar en metro siempre resulta entretenido.

Ha dejado de llover, pero el cielo sigue presentando un tono gris plomizo bastante amenazador. Aunque apenas son las tres de la tarde, pronto comenzará a anochecer. El hogar de los Ward está situado en

Mattock Lane, frente a Walpole Park, a unos pocos minutos andando de la estación de Ealing Broadway. Me encanta Ealing y sus edificaciones neogóticas de cuento de hadas. En Mattock Lane hay hermosas viviendas victorianas de ladrillo rojo, construidas para la clase alta a mediados del XIX. Muchas de estas casas, con sus torres y sus arcos apuntados, evocan la silueta de las iglesias.

Los Ward no están en casa, me indica la señora Harrison, pero puedo permanecer en la biblioteca cuanto guste. Me acompaña a la puerta para aparecer poco después con una humeante taza de té, detalle que le agradezco con fervor, pues estoy helada. La señora Harrison tiene el cabello de un blanco resplandeciente y los ojos claros y sonrientes. No se parece en nada a la siniestra señora Danvers de *Rebecca*, imagen que me viene inevitablemente a la mente en cuanto alguien dice “ama de llaves”. La amable señora Harrison es una figura menos novelesca, he de reconocer, pero bastante más tranquilizadora.

Los libros, que antes de Navidad había encontrado apilados en varios montones sobre una de las mesas de la biblioteca, han desaparecido. La señora Harrison, que debe haber leído la alarma en mi rostro, se apresura a informarme que están ordenados en las estanterías, por autor y en orden alfabético. Vaya, eso va a dificultar mi tarea.

Poco después me encuentro encaramada precariamente sobre una escalera para devolver *La abadía de Northanger* al lugar que le corresponde, aliviada de que nadie la haya echado de menos. Miro a mi alrededor, deseando empezar a coger libros indiscriminadamente. Sospecho que he desarrollado cierto fetichismo a lo largo de los años. Disfruto una inmensidad rodeada de libros. No solo adoro leerlos, sino también tocarlos, olerlos, escuchar el sonido de sus páginas cuando las vas pasando una a una. Siempre pierdo la noción del tiempo cuando estoy en una librería o en una biblioteca y aquí hay unos ejemplares magníficos. Sin embargo, creo que no es buena idea comenzar tentando al destino y descendiendo con cuidado. No es la primera vez que compruebo la dureza del suelo simplemente porque he olvidado que estoy subida a una escalera. Hoy, me digo, voy a empezar por la parte de abajo. Con un agradable sentimiento de expectación, comienzo a revisar uno por uno aquellos volúmenes centenarios.

Después de un rato encuentro el ex libris de Claire Gordon en una de las novelas de Ann Radcliffe. Entre las páginas de *Los misterios de Udolfo* hallo con alegría una hoja amarillenta surcada con los ya familiares, hermosos caracteres púrpura.

Olansek, soberano de Orsay, pensó que ya era hora de poner fin a esta guerra absurda. Galans, el reino con el que lindaban al oeste y les impedía el acceso al mar y a las preciadas rutas comerciales, estaba definitivamente debilitado. Nunca había sido un país guerrero y seis meses de luchas y asedio habían dejado a Niantur, la capital, sin recursos. Tampoco Orsay era un reino belicoso, pero el viejo rey Rodnaron no le había dejado otra salida. Rechazaba con obstinación cualquier tipo de acuerdo y también se negaba a establecer una ventajosa alianza mediante el enlace entre sus primogénitos.

Derran, el príncipe heredero, había cumplido ya veintisiete años y nunca había mostrado interés por contraer matrimonio, aunque eso no impedía que circularan constantes rumores sobre sus aventuras amorosas. Estos últimos tiempos, su amistad con el joven conde de Ritter había empezado a resultarle enojosa a Olansek. Sin embargo, cuando se lo insinuó a Derran, éste le tranquilizó asegurándole que no tenía de qué preocuparse y que, llegado el momento, se casaría con la mujer adecuada y engendraría el heredero que algún día gobernaría Orsay. Había sido un gran alivio para Olansek que su hijo se hubiese mostrado tan dispuesto a desposarse con la princesa Kirstiane.

Los informes de los embajadores hacían sospechar a Olansek que Rodnaron padecía algún tipo de demencia senil. Nunca había sido una persona fácil, pero al menos en años anteriores había sido consciente de la situación de su pequeño reino y se había esforzado en mantener buenas relaciones con su poderoso vecino del este. Sin duda, pensó Olansek, la repentina muerte de la reina Alisha había precipitado la decadencia del soberano de Galans, que había arrastrado consigo a su reino. Olansek se resistía a arrasar el castillo de Niantur y humillar a Rodnaron obligándolo a rendirse. Tenía que haber una solución mejor, más civilizada, pensó.

La llegada de un sirviente sacó a Olansek de sus cavilaciones. Reparó entonces en que la luz que entraba por los grandes ventanales se había extinguido y era necesario encender las velas.

Por desgracia, no encuentro nada más entre las páginas de *Los misterios de Udolfo*. Este segundo hallazgo me deja todavía más perpleja que el primero y me apresuro a mirar en el siguiente libro de Ann Radcliffe, *A Sicilian Romance*. ¡Bien! Ahí está nuevamente el nombre de Claire Gordon y otra página manuscrita.

Kirstiane no supo nada de la oferta matrimonial hasta que hubieron transcurrido cinco meses desde el inicio de la guerra. Había sido su antigua aya Agala, quien ahora cuidaba de Nuala, la que lo había mencionado sin sospechar que la joven ignoraba todo el asunto.

-Pero si hasta enviaron el retrato que os hizo aquel pintor del norte hace unos meses...

-¿Y por qué no se me notificó nada? -protestó Kirstiane indignada.

-Mi niña, creí que lo sabíais -explicó consternada la mujer-. Además, el rey prohibió volver a mencionarlo -continuó en tono culpable al advertir que acababa de desobedecer las órdenes reales-. Al principio pareció considerarlo, pero después declaró que os habíais negado y que no os casaría contra vuestra voluntad.

Kirstiane estaba tan sorprendida que le costó reaccionar.

-No tenía ni la menor idea... -murmuró paseando nerviosa por la habitación-. ¿Me estáis diciendo que si hubiera aceptado casarme con el heredero de Orsay, el rey Olansek no nos habría declarado la guerra?

-Mi niña, si ignorabais todo el asunto no tenéis nada que reprocharos -respondió el aya.

-Agala, por favor, dejadme sola. Y decidle a Nuala que iré más tarde a jugar con ella.

Cuando la mujer abandonó la habitación, Kirstiane se acercó a la ventana y fijó la mirada en un punto remoto del paisaje sin realmente verlo. Estaba confusa y en su mente se agolpaban pensamientos contradictorios. Le enfurecía que su padre le hubiera ocultado algo así y que incluso hubiera hablado en su nombre sin ni siquiera consultárselo. Pero, por otra parte, no podía evitar sentirse aliviada. No quería casarse, ni ahora ni nunca. Sabía, desde luego, que esto no sería posible. Un día gobernaría Galans y era su deber asegurar un sucesor para su reino. No obstante, su boda habría evitado una guerra desigual y le intrigaba vivamente la razón por la que su padre había preferido la lucha armada a una alianza muy ventajosa para su



país. La sospecha que corroía su alma desde hacía tiempo se iba convirtiendo cada vez más en una realidad palpable y eso resultaba muy poco tranquilizador. Para todos.

Cada vez más intrigada por este relato de ambiente medieval y origen desconocido, me instalo en el escritorio con las páginas extendidas frente a mí. No hay ni números ni fechas que me permitan ordenarlas cronológicamente. Recorro nuevamente los estantes y examino algunos libros al azar. ¿Es posible que la secuencia lógica del relato siga una estrategia? A *Sicilian Romance*, que fue publicado en 1790, contiene una parte del relato posiblemente anterior a la que encontré en primer lugar entre las páginas de *La abadía de Northanger*, que fue publicado en 1818. Algunos datos están frescos en mi memoria, pero debo comprobar esta teoría, buscando los libros según el año de su escritura. Sé que no es demasiado fiable, pues a veces pasaban años desde que un libro se escribía hasta su publicación y también es posible que algunos de los ejemplares no correspondan a la primera edición, pero al menos es un punto de partida.

Lo primero que debo hacer, decido, es elaborar un listado con los libros que pertenecieron a Claire Gordon. Después los fecharé, buscaré entre sus páginas de acuerdo con el orden establecido y transcribiré la parte del manuscrito que encuentre. Me pregunto si seré capaz de ajustarme a este método, tan racional, o romperé mis propias reglas a la primera oportunidad que se me presente.

Enfrascada en esta tarea, sentada en el suelo y rodeada de libros, el sonido del reloj dando las horas me devuelve a la realidad. ¿Cómo es posible que sean ya las nueve de la noche? El tiempo simplemente se ha desvanecido en la biblioteca. Siento un eco en el estómago y sonrío al pensar en mi completa adhesión al horario inglés. En un país donde en invierno anochece a las cuatro de la tarde, me he habituado a cenar a las ocho y procuro no acostarme más tarde de las doce. Las variaciones sobre esta rutina dificultan enormemente la empresa titánica de levantarme a las seis y media cada mañana. Las noches siguen siendo problemáticas.

Suspiro. Tendré que continuar en otra ocasión. Devuelvo con cuidado los libros a la estantería, pero algo en mí se niega a esperar. Hago un cálculo rápido y me decido por otra novela de Ann Radcliffe, *The Romance of the Forest*, de la que ya he anotado que contiene otra página manuscrita. No sin

una punzada de culpabilidad por tomar sin permiso algo que no me pertenece, coloco las páginas encontradas en una carpeta y me las llevo conmigo.

Sentada en el vagón, justo antes de enfrascarme en la lectura del relato de Claire, me asalta la idea de que en toda la tarde no he recordado el objeto principal de mi visita a la biblioteca de los Ward.